

Caja fuerte

LUIS MIGUEL GONZÁLEZ

La economía de las catástrofes

Los desastres son parte de nuestra existencia, como los parientes gorriones que llegan cada año. Nunca estamos listos para recibirlos ni lo hacemos con gusto.

Alex y Karl estuvieron en México y causaron graves destrozos. No son un dueto de *springbreakers*, sino dos huracanes con enorme capacidad destructiva. Nos obstinamos en pensar que Alex y Karl son algo excepcional, pero son parte de nuestra nueva normalidad. En ella, los desastres naturales son cada vez más frecuentes. No pasan dos años sin que ocurra uno de gran escala: hubo sequías en el norte de México en el 2005, inundaciones en Tabasco en el 2007, sequía en el Golfo en el 2009 e inundaciones, otra vez, en el 2010.

Les llamamos desastres naturales pero no son obra exclusiva de la naturaleza. Son una combinación del actuar humano y trabajo de la naturaleza. El terremoto de 1985 en la ciudad de México develó problemas con las normas de edificación: eran obsoletas y no se cumplían. Las inundaciones en Tabasco del 2007 evidenciaron la negligencia en la ejecución de obras hidráulicas. Los daños de Alex en Monterrey se multiplicaron, entre otras cosas, porque encontraron una ciudad que había perdido memoria del cauce del agua. Donde corría el río Santa Catalina se instalaron pistas de karts y canchas de fútbol.

México es uno de los 12 países más vulnerables a los desastres naturales, según el Centro Nacional de Prevención de Desastres: 30% del territorio nacional está en el mapa de riesgos por sismos, inundaciones o sequías. Lo saben los expertos, pero sus conocimientos no bastan para hacernos actuar. Menos de 5% de los hogares están asegurados y los gobiernos escatiman o simulan el gasto en prevención. Ofrece poca rentabilidad política, comparada con la inversión en reparación de daños o el apoyo a las víctimas.

Sufrir más de una tragedia cada año no nos

convierte en expertos. México se encuentra por debajo de Nicaragua en su capacidad de gestión de riesgo de desastres, de acuerdo con una evaluación dada a conocer ayer por el BID. Eso quiere decir que no podemos traducir nuestro mayor desarrollo relativo en identificación y reducción de los riesgos; capacidad de respuesta y recuperación de las catástrofes o protección financiera a las víctimas.

Las catástrofes son parte de nuestra existencia, como esos parientes gorriones que nos visitan cada año. Nunca estamos listos para recibirlos ni lo hacemos con gusto. Un desastre natural es la ocurrencia de un hecho "anormal" que afecta una comunidad vulnerable y la deja en incapacidad de funcionar normalmente por un periodo largo. No extraña que Amatán, Chiapas, o San Martín, Oaxaca, sean vulnerables, pero Monterrey es otra cosa. En México la expansión urbana y la especulación inmobiliaria ha generado un tipo de vulnerabilidad muy peculiar: fraccionamientos de lujo y condominios turísticos de alto nivel se asientan en zonas "rojas" de mapas de riesgo.

Catastrophe economics le llaman los especialistas al arte de explicar las catástrofes, sus costos y consecuencias. Estamos ante una disciplina en ascenso porque su materia de estudio no deja de crecer. Los desastres son casi inaudibles mientras acechan, pero producen un gran ruido cuando ocurren. La riqueza cruje mientras se destruye, las pérdidas humanas pueden ser estridentes o silenciosas, pero nunca insignificantes.

Un muerto es una tragedia, pero 1,000 muertos son una estadística, afirmaba Stalin. Se nota que era dictador. Mil muertos son más de 1,000 tragedias.

lmgonzalez@eleconomista.com.mx

